

Una vez en Lima, entre 1914 y 1915, Valdelomar trabaja como secretario del historiador José de la Riva-Agüero (1885-1944). Esta situación le permite acceder a la lectura de cronistas como el Inca Garcilaso de la Vega, Pedro Cieza de León, Pedro Pizarro, Cristóbal de Molina, Juan Polo de Ondengardo o Antonio de la Calancha, con lo cual puede completar algunos de los datos que necesita para la confección de sus cuentos incaicos que después son reunidos en *Los Hijos del Sol*¹⁶. Sin embargo, debido a que no se encuentra temperamentalmente preparado para realizar largas y meticulosas investigaciones antes de escribir, puesto que él es también quien inicia en el Perú «el wildeanismo, la greguería y el odio al erudito»¹⁷, no se enfrasca en largos y eruditos estudios sobre la historia de los incas. Le interesan sobre todo, como ya se ha visto, obras como las *Azucenas Quechuas* de Vienrich. Otro tanto puede decirse de sus ulteriores lecturas del clásico drama incaico *Ollantay*, sobre el que dicta varias conferencias en marzo de 1917¹⁸. Es muy probable que las leyendas indígenas que allí se encuentran recopiladas, o la misma trama de esta conocida pieza dramática quechua, hayan inspirado algunos de sus cuentos incaicos («Chaymanta Huaiñui» o «El pastor y el rebaño de nieve», por ejemplo).

Además, pese al carácter multifacético de su obra, Valdelomar es sobre todo un poeta que se interesa mucho por el ritmo de las expresiones, y no tanto por lo erudito o lo enciclopédico. Ese tono, conforme señala Sánchez, domina a Valdelomar cuando hace las veces de novelista, periodista o historiógrafo¹⁹. De ahí que, cuando incursiona en los terrenos de la biografía novelada o de los cuentos incaicos, su capacidad evocativa no reside tanto en lo que reconstruye o busca revivir, sino en lo que crea²⁰. Esta situación es evidente en *La mariscala*, el solfeo de biografía novelada sobre Francisca Zubiaga y Bernales de Gamarra que acaba de escribir en 1914, donde la pulcritud y belleza de la forma compensa la confección de una pieza narrativa de corte histórico que termina sustentándose sobre todo en la recopilación de testimonios escritos y orales²¹. Lo mismo puede afirmarse sobre los cuentos reunidos en *Los Hijos del Sol*: aparte de mostrar uno que otro pespunte histórico, la mayoría de ellos son básicamente obras de creación, de fantasía, de poesía²².

Justo por esa época, en el sur del Perú, ocurre un hecho que, como una onda sísmica, afecta a algunos intelectuales vinculados a la experiencia «colónida», aviva más el interés por lo incaico y, posiblemente, anima a Valdelomar a terminar de redondear su idea en torno a lo que serán *Los Hijos del Sol*: se trata del levantamiento campesino liderado por el sargento mayor de caballería Teodomiro Gutiérrez Cuevas («Rumi Maqui»). Pese a que estalla a fines de 1915 en Puno, en la provincia de Azángaro, este movimiento concita la atención de los diarios y revistas entre 1916 y 1917,

¹⁶ *Ibid.*, p. 351.

¹⁷ Sánchez, Luis Alberto: *Se han sublevado los indios. Esta novela peruana, Lima, La Opinión Nacional, 1928, p. 16.*

¹⁸ Sánchez, Luis Alberto: *Valdelomar o La Belle Epoque, p. 361.*

¹⁹ *Ibid.*, p. 162.

²⁰ *Ibid.*, p. 356.

²¹ *Ibid.*, pp. 162-164.

²² *Ibid.*, pp. 355-358.

puesto que enarbola una reivindicación que, en un principio, parece absurda o incomprensible para muchos hombres de esa época: resulta que esos indios quieren volver atrás, rechazan toda la historia que soportan desde la conquista e intentan recuperar un idealizado imperio incaico²³.

En la edición de *El Tiempo* correspondiente al 25 de abril de 1917, Mariátegui, que por ese entonces se encuentra bastante próximo a Valdelomar, escribe una interesante crónica periodística donde vincula el levantamiento de Rumi Maqui con el renacimiento del interés por lo incaico: el fenómeno cultural que inquieta los ambientes artísticos y literarios del Perú de esos años. Su idea es la siguiente: «La vida nacional —dice— llega indudablemente a una etapa interesantísima. Se diría que asistimos a un renacimiento peruano. Tenemos arte incaico. Teatro incaico. Música incaica. Y para que nada nos falte nos ha sobrevenido una revolución incaica. Si ponemos los ojos en una vidriera nos encontramos con una momia. Si ponemos los ojos en un periódico nos encontramos con un artículo del doctor Kimmich sobre las ruinas del Tiahuanaco. Si ponemos los ojos en un escenario, nos encontramos con Ollantay y Sýmacc Tica. Y si ponemos los ojos en otro escenario nos encontramos con el señor Daniel Alomía Robles y con el folklore aborigen. Todas estas circunstancias se confabulan para dictar una sola conclusión: éste es el renacimiento peruano. Se abren las huacas para que surjan las sombras de los emperadores del Tahuantinsuyo. Estamos en un minuto solemne. Y si dirigimos la mirada al mapa nos encontramos con que los indios que, por virtud de la palabra del general Rumimaqui, sueñan con la restauración de su dinastía y de su mascaipacha simbólica, se han levantado en armas y les muestran los puños agresivos a los osados mestizos que les sojuzgan y oprimen»²⁴.

Sólo en 1917, cuando encuentra que los cuentos incaicos ya están «en forma» para su edición, Valdelomar se resuelve a dejar en libertad los originales que tan cuidadosamente mantiene inéditos²⁵. Por esa época, le entrega a Aguirre Morales algunos de estos cuentos («El alfarero», «El camino hacia el Sol», «Los hermanos Ayar», «Chaymanta Huaiñui», «El hombre maldito» y «El Tucuyricoc») para que éste los publique. Uno de ellos —«Chaymanta Huaiñui»— resulta incluido en su libro de cuentos *El Caballero Carmelo* (1918)²⁶. Por mayo de 1918, en una entrevista que le hace Antenor Orrego (1892-1960) para la revista *Sudamérica*, dentro de las obras que tiene listas para entregar a la imprenta, Valdelomar menciona a *Los Hijos del Sol*, el trabajo que parece angustiarse: se refiere a él como «un libro de leyendas incaicas»²⁷.

Valdelomar fallece en 1919, cuando todavía no han visto la luz casi la totalidad de sus cuentos incaicos. Como Aguirre Morales no puede

²³ Flores Galindo, Alberto: *Buscando un Inca: Identidad y utopía en los Andes*, Lima, IAA, 1987, pp. 240-248.

²⁴ Mariátegui, José Carlos: «Minutos solemne», *El Tiempo*, Lima, 25 de abril de 1917. En: *Escritos Juveniles*, t. 5, Lima, Biblioteca Amauta, 1992, p. 347.

²⁵ Sánchez, Luis Alberto: *Op. cit.*, p. 347.

²⁶ *Ibid.*, pp. 348 y 350.

²⁷ *Ibid.*, p. 320.

hacerse cargo de la edición que su amigo le encomienda, debido posiblemente al hecho de que por motivos de trabajo se ve obligado a abandonar Lima en 1917, entrega los cuentos al poeta Manuel R. Beltroy y éste los publica en 1921, a los dos años de la muerte del autor²⁸.

Cuando Valdelomar empieza a escribir estos cuentos, son pocos, en realidad, los que en el Perú creen que lo incaico puede suscitar una buena obra literaria o tener alguna «chance» artística, pues todavía se encuentra profundamente arraigada la ideología racista que propala la vieja aristocracia terrateniente para justificar la conservación del latifundio, la servidumbre y el gamonalismo y, además, es muy frecuente el prejuicio sobre la decadencia irreparable y fatal de los indígenas. Estos sectores sociales también adoptan una posición bastante negativa frente al Tahuantinsuyo, puesto que presentan como un hecho real la leyenda de que «el indio es orgánicamente cobarde» y de que bastó un puñado de españoles para realizar la conquista de uno de los imperios más grandes de la América precolombina. Este último tópico alcanza a difundirse de tal manera en el ambiente cultural peruano que hasta llega a filtrarse en el sentido común de muchos escritores que se encuentran fuera de la férula del gamonalismo. Por ejemplo, en la correspondencia que sostiene con Nicolás de Piérola en las postrimerías del siglo XIX, Ricardo Palma (1833-1919) llega a afirmar lo siguiente: «Los antecedentes históricos —afirma Palma— nos dicen con sobrada elocuencia que el indio es orgánicamente cobarde. Bastaron 172 aventureros españoles para aprisionar a Atahualpa, que iba escoltado por cincuenta mil hombres, y realizar la conquista de un imperio cuyos habitantes contaban por millones»²⁹.

En el prólogo que escribe para la edición póstuma de *Los Hijos del Sol* (1921), aunque trata de destacar el empeño de Valdelomar por considerar a lo incaico como un tema artístico, Clemente Palma (1872-1946) deja entrever los graves prejuicios racistas que subsisten en gran parte del *establishment* académico y literario en ese entonces y cómo estas ideas retardatarias influyen, incluso, en algunos escritores que como él se muestran receptivos ante el modernismo y no pueden ser catalogados de conservadores o colonialistas: «La conformación del idioma, las deficiencias decorativas y suntuarias de las costumbres y de la vida de los pobladores del imperio, la humildad y reconcentración de los descendientes actuales (...) el viejo y tradicional contubernio de los hombres, con los piojos, el primitivismo de sus alimentos y bebidas —la coca, el choclo, la papa y la chicha—, dice Palma, me han hecho dudar sobre la existencia de una mentalidad poética entre los habitantes del imperio incaico y, por consiguiente, de la posible poetización de ese período de nuestra vida histórica»³⁰.

²⁸ *Ibid.*, pp. 350-351.

²⁹ Citado por Kistral, Efraín: Una Visión urbana de los Andes. Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú 1848-1930, Lima, IAA, 1989, pp. 101-102.

³⁰ Los Hijos del Sol, Lima, Euforión, 1921, pp. VI-VII.

«Los abuelos magníficos robaban mujeres despavoridas en la grupa de su corcel de guerra.»



Ruinas de
Macchu Picchu.